

La Epoca

Domingo 9 de agosto de 1987

Felipe Allende

Los fantasmas no saben latín

VERÓNICA WAISSBLUTH

Felipe Allende decidió ser sacerdote a los doce años. Pero luego de 16 años de seminario, se dio cuenta de que las cosas no son siempre como uno se las imagina. Se demoró en descubrir qué había que hacer para vivir una vida plena sin idealizarla; y como

un Quijote que finalmente integra a Sancho, las vio verdes hasta que sus crisis confluyeron en una existencia con los pies sobre la tierra. Pero igual sigue niño cuando debe serlo, se mueve para todos lados, se llena de tiza durante sus clases y con dos matrimonios a cuestas, no se arrepiente de nada. A

su padre abogado, que tenía once hijos, se le ocurrió dedicarse a la agricultura. La familia se dispersó y estuvo interno en varios colegios de Santiago y provincias. Fue un trauma porque como tenía mala letra, era ingenuo y analfabeta para los deportes, sus compañeros se burlaban y él se sentía solo.

En uno de los internados conoció al hermano Alcúzar, que había trabajado en una misión africana. Por eso, y por las constantes lecturas de la revista *El joven misionero*, decidió que él también sería misionero para hacer el bien a manos llenas.

Entonces recibió una beca para estudiar en el Seminario Menor y "analizando ahora lo que sentía entonces, creo que fue el primer lugar donde me sentí acogido. Yo estaba alejado de mi familia y necesitaba pertenecer a algo, entonces me acerqué a la Iglesia; fui maternalizado y paternalizado por ella".

Pero también allí se aparecieron los conflictos: nunca había conocido mujeres reales, pero lo asediaban innumerables mujeres fantasmas. "Fuera de los besos que le daba a mi mamá no había vivido nada y, a pesar de mis esfuerzos, una sexualidad insurgente interfería con mis buenos deseos. A veces creía haber llegado a armonizarlos, pero bastaba un afiche en la calle para descalabrarme. En mí, el celibato no pudo ser".

Le decían que era cosa de la edad, que ya se le pasaría, y lo enviaron a estudiar a Europa.

Allí sintió que su vocación alcanzaba el punto más alto y existencialmente más estimulante. Pero esa misma dinámica interior lo condujo a un mundo de vivencias donde volvió a ver fantasmas.

—Roma es una ciudad para nada santa. Un día, en la Via Veneto, una inglesa muy escotada me pidió una dirección. No pude apartar la vista y no es que fuera anormal; lo que pasa es que era un hombre como cualquiera, muy vital.

No fue capaz. Su tía ya le estaba bordando el alba, todos cape-

aban su primera misa, y aunque lo anhelaba como loco, supo que nunca iba a celebrarla. Se retiró y volvió para participar en el mundo de afuera, luego de estar 16 años encerrado.

—Cuando yo entré de niño, buscaba el modo más perfecto de existencia, el ideal magnífico de ayudar a los demás. Pero en la práctica me di cuenta de que había un tipo de Iglesia que estaba contra la vida y, en ella, lo más probable es que llegara a ser sólo un burócrata en una curia de provincia.

El latín

Estudió pedagogía y se dedicó a enseñar latín con profundidad y carisma, pero todavía faltaban los últimos coletazos de su experiencia de seminarista. Se casó y fue dispensado por la Iglesia porque el matrimonio no fue exitoso.

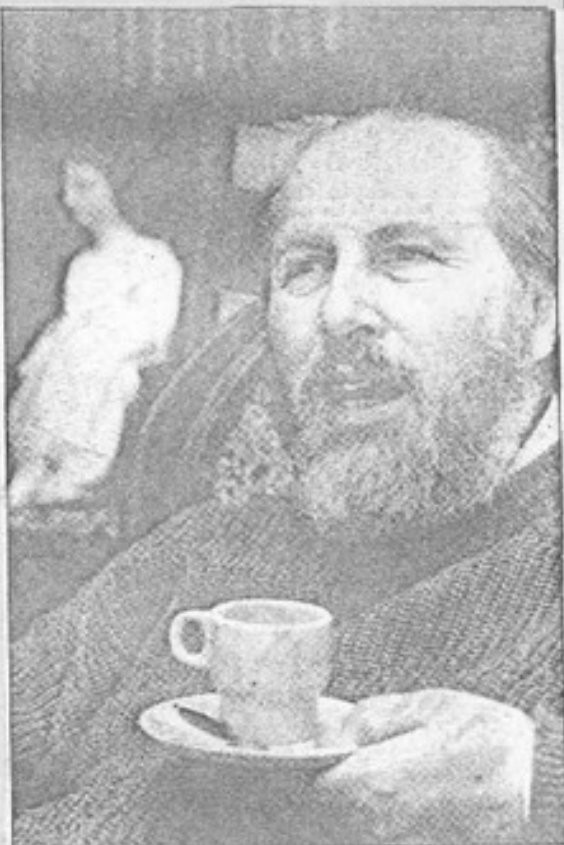
—Es que hasta ese momento toda mi vida había sido una gran utopía, llena de grandes ideales pero carente de madurez como para llevarlos a la realidad.

Lo mismo con el latín. No quiso seguir enseñándolo porque no era una tarea tan apostólica y se dedicó a la educación rural.

Luego ingresó al Centro de Perfeccionamiento del Magisterio y comenzó a elaborar textos de lectura para niños. En eso encontró su veta que ha desarrollado hasta ahora.

Hasta obtuvo un premio, el "Marcela Paz" de la Academia Chilena de la Lengua, por su libro *Mi amigo el negro*. Es un homenaje a un niño campesino a través del encuentro con su hijo.

Claro, su hijo, porque los tiene: se volvió a casar hace 17 años, y esa experiencia es parte de la diná-



Felipe Allende: "Roma es una ciudad para nada santa". 1129

mica de crecimiento que, ahora sí, le permite armonizar sus potencialidades.

Dice pertenecer a una generación: "que ha sabido desprenderse

de los fanatismos y de las pertenencias minúsculas". Y no abomina de ninguna de sus etapas, porque con crisis y todo, las ha integrado para vivir.

Los fantasmas no saben latín [artículo] Verónica Waissbluth.

Libros y documentos

AUTORÍA

Waissbluth Weintein, Verónica

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los fantasmas no saben latín [artículo] Verónica Waissbluth. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa